

Crónica del convento de Nuestra Señora de las Nieves Santa Brígida de México

Josefina Muriel (edición e introducción histórica)
Anne Sofie Sifvert (advertencia y versión paleográfica)

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2001

272 + [XII] p.

Ilustraciones

(Serie Documental 24)

ISBN 968-36-8968-X

Formato: PDF

Publicado en línea: 29 de junio de 2018

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/384/cronica_convento.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

nuestro Señor se lo facilito su Magestad de esta manera; despertó a las tres de la mañana y vio su celda tan llena de luz que creyó había amanecido y que entraba la luz por las rendijas de la ventana, pues distinguía las estampas y todo lo que estaba en su celda con cuya luz pudo tomar su ropa y vestirse, porque el Señor le dio fuerzas para ello. Ella no sabía que hora era, mas cuando oyó las 4 de la mañana, hallándose con tanto vigor y fuerzas, abrió la puerta para decirle a la llamadora dijese a nuestra Madre que le diera licencia para bajar a comulgar. Su Reverenda fue a su celda a verla, porque le causó novedad el que estando tan mala pudiera haberse levantado, cuando era necesario, que para todo la ayudaran porque estaba inmóvil.

[Pág 230] Pero viendo nuestra Madre que estaba ya vestida y con alientos, le concedió la licencia. De facto bajó con tanta ligereza la escalera, que parecía no era ella. Y habiendo recibido a nuestro Señor, dado gracias y oído Misa, se volvió a poner como antes estaba. Y fue menester que entre dos con mucho trabajo la subieran muy poco a poco, en lo que se conoce que el Señor le infundió aquellos alientos para premiarle el fervoroso deseo que tenía de recibirlo aquel día. Porque como era día tan ocupado no se había dispuesto el que entrara el Señor Confesor a darle la Comunión, lo que a todas nos dejó admiradas y alabando las misericordias del Señor que quiso regalar y consolar a su sierva. Su Magestad sea alabado por todo. Amen.

ULTIMO CAPITULO

[p. 232] J.[esús] M.[aría] J.[osé] y B.[rígida]²⁵⁰
Mixcoac, 19 de marzo de 1944.

Habiendo celebrado con todo el esplendor posible el 2o centenario de la fundación de nuestra santa Orden en la República, se nos ha exitado vivo y muy justo deseo de continuar la historia de esta Comunidad, siquiera sea tan someramente como lo permiten los largos lapsos de tiempo que nos separan de lo que hasta aquí hay escrito. Con este fin y para consuelo de las Religiosas presentes y venideras copia-

²⁵⁰ Como se verá en esta última parte de la crónica, escrita entre 1944 y 1952, después de una larga pausa de 170 años, se ha modernizado la ortografía. Por supuesto se conservan los acentos en las formas verbales: *fué, fui, vió, dió*. Las "Nuevas Normas de Prosodia y Ortografía" publicadas en 1 de Enero de 1959 establecen como norma general que no se acentúe ningún monosílabo y que, por tanto, dejen de acentuarse "fue, fui, vio, dio" que antes se acentuaban (M.M.) Esta última parte la queremos incluir en la edición, si no por el interés lingüístico, sí por el histórico, como que aquí se refieren los acontecimientos de la excomunión.

mos aquí un manuscrito antiguo que parece ser letra de la Madre Luisa de los Ríos que entró al Convento de edad de 20 años en el de 1854 con el nombre de Luisa de la Madre de Dios. Dicho manuscrito copiado a la letra es como sigue:

“J. M. J. y B.

[“] Comenzaba el año de 1861, año de tristísima memoria, en que por fin, desatándose la tormenta que ya amenazaba años atrás, vino a cubrir de negras nubes el cielo de los Claustros... ¡Ay!, [i] quién me diera espresiones (si es que las hay bastante enérgicas) para manifestar los sentimientos de mi corazón al traer a la memoria acontecimientos tan amargos que no hacen más que nublar mis ojos y aturdir mi cabeza!

Pero, en fin, haré lo que pueda, fiada en que la pluma de Usted, que es bastante espedita, pondrá en arreglo los malforjados apuntes que yo le de.

Como decía, a principios de enero del mencionado 61, entre ocho y nueve de la noche, penetraron en la clausura ocho hombres con el objeto (según dijeron) de buscar un tesoro que, según su imaginación, estaba escondido al pié de una escalera. Con tal motivo rompieron en las tres escaleras que existían en el Convento, y aunque no lograron encontrar nada, se hicieron pedazos los corazones de las Religiosas, de las que se apoderó un terror inesplicable hasta apresurar la muerte de una Leguita que tenían enferma.

Este fué como el prelude de los grandes y amargos acontecimientos por que teníamos que pasar, y de los que libró nuestro Señor a la mencionada Leguita, pues en el mismo mes tuvo la dicha de volar al cielo (como lo esperamos de la misericordia de nuestro Señor) el día 11. Entre tanto, las noticias no podían ser más funestas, y sin embargo, las Religiosas permanecían no queriendo creer lo que no querían que sucediera.

Pero la hora había sonado en los decretos del Señor, y el día 13 de febrero de 1861 (de eterna memoria) se presentaron a la casa del Capellán [p. 233] con el pretexto de tomar el punto. Esto pasaba a las 8 de la noche, hora en que tranquilamente comenzaban a rezar maitines, los que concluidos, se recogieron a descansar. Pero ¡ay! ... cual sería el susto... el pesar y terror pánico que se apoderó de los corazones de estas Religiosas, cuando a las 12 de la noche tuvieron la amargura de enterarse que había llegado la hora de abandonar su “Paraiso”, su Convento. Pues los comisionados estaban a la puerta intimando que por grado o por fuerza habían de salir de aquel asilo de paz, de quietud y de felicidad.

Lo que pasó por el alma de cada una nadie será capaz de describirlo, sino es Aquel que siendo dueño de los corazones es también tes-

tigo de sus sentimientos. Yo no podré hacer más que narrar los acontecimientos con la verdad, brevedad y sencillez que pueda.

Reunida que estuvo la Comunidad en el coro bajo renovamos nuestros santos votos prometiendo a nuestro Dulce Dueño, ayudadas de su gracia, ser fieles hasta la muerte; y devorando el más profundo dolor en el más completo silencio, se formó una procesión respetable, hasta el punto de no oírse un suspiro, un sollozo, ni la más ligera voz, y esto aun de los cuarenta hombres que servían de escolta. [¿] Adonde las llevarán? Nada saben... van como ovejas al matadero, sin exhalar un balido. Aquí pudiera decir algo de lo que pasó en nuestras almas, pero siendo más fácil comprenderlo que esplicarlo me remito al inteligente conocedor de las sensaciones del corazón en casos tan excepcionales como el que vamos tratando.

A la puerta nos esperaban los guallines en los que mal acomodadas caminamos hasta el Convento de San Juan de la Penitencia; y al encontrar con Religiosas respiramos, pues al abandonar nuestro hogar, el dolor, susto y la duda suspendieron nuestra respiración. Algunos momentos más encontramos almas que, además de comprendernos, nos prestaron sus caritativos servicios hasta donde los alcanzaban sus cortísimos recursos. Y esto por espacio de cuatro días que transcurrieron desde la madrugada del 14 hasta la prima noche del 17 del mismo febrero, que en coches particulares nos pasaron [p. 234] a la casa de Ejercicios de Belén (hoy cárcel pública) en donde permanecemos desde esta fecha hasta el 26 de agosto del mismo año de 61, en que permitió nuestro Señor mover los corazones y que nos volvieran a nuestro Convento.

¡Cuanto quisiera decir de este acontecimiento tan notable! Pero los recuerdos son tan conmovedores que apenas podré dar estos ligeros apuntes, y dejarlo todo a la consideración del que los tiene que poner en orden.

Una esperanza era la que abrigaba nuestro corazón; que no se ocuparan de las que con toda voluntad se habían refugiado en los claustros deseando desaparecer para siempre de la memoria del mundo para ocuparse exclusivamente de su único necesario. Pero Dios lo decretaba de otro modo por sus altos fines. Así fué que transcurriendo el tiempo de 61 a 63 entre temores y esperanzas, el 25 de febrero de 63 se publicó la orden de completa exclaustación.

Decir lo que sintieron estas Religiosas es imposible describir,²⁵¹ y menos lo que cada una tuvo que sufrir, pues las más tuvieron que mendic<n>gar el pan ageno tres meses desde principios de marzo a

²⁵¹ Decir [...] es imposible describir, otro ejemplo de anacoluto; es decir, que la frase se pierde y no se desarrolla lógicamente. Cf. Sivvert, 1992:53.

los primeros de junio del mencionado 63, pues unas no tenían familia, y por esta razón tuvieron que acogerse a la caridad, de la que no tuvieron que quejarse en esta vez, pues las familias más distinguidas de la Capital se mostraron ansiosas por albergar en sus casas a las pobres de Jesucristo. De estas en particular quisiera mencionar a la nunca bien alabada familia Escandón, que tantos favores le debe esta Comunidad que no sería posible numerarlos ni agradecerlos.

Bien sabido es que el Imperio que comenzó en dicho año nos proporcionó una tregua de reposo en nuestro dulce asilo de paz, nuestro Convento, pero caído este el año de 1867, desde luego volvieron a dar la orden de excomunión, y tuvimos que dar un tierno “adios” a aquella mansión de paz y de consuelo. Desperdigadas aquí y acullá nos hemos encontrado como el pez fuera del agua, sin consuelo, sin abrigo y sin descanso sobre la tierra, esperando, ¡sí! que llegará una hora en que acabe nuestra peregrinación, y con ella los amargos sufrimientos de la vida.

Mas esa tendencia innata que todos tenemos de buscar la felicidad, según las ideas y las inclinaciones de cada persona, nos hace estar aspirando a cierto método de vida, de retiro y soledad, por lo cual, animadas por alguna persona que nos aseguraba haber alguna seguridad, nos reunimos en una casa de la Calle de los Arcos de Belén, en donde apenas estuvimos un año escaso, pues los enemigos de nuestro repo- [p. 235] so nos persiguían hasta el último rincón solo por arrebatarnos la tranquilidad. Y en esta lucha hemos permanecido hasta la época presente, aspirando siempre al lleno de nuestra vocación en la soledad, buscando a solo Dios, y sufriendo el susto y el sobresalto del que tiene siempre suspendida sobre su cabeza la mano vengadora que la castiga.

Todo sea para gloria de Dios a quien pedimos con toda la efusión de nuestro corazón sea glorificado en nuestros trabajos y halla misericordia de los que nos los proporcionan. Amen.”

Marzo de 1952

Las pocas noticias que a la fecha se han podido recoger formarán, no la historia, sino el esqueleto de la historia de la Comunidad en los años subsiguientes al 1880.

La Muy Reverenda Madre Rosalía del Patrocinio, que había entrado en la Comunidad en 1825, fungía de Abadesa cuando sucedió la excomunión en 1867, habiendo muerto la Reverenda Madre Rosalía 8 años después, es decir en 1875. Después de vivir en los Arcos de Belén las que formaban el pequeño núcleo de la Comunidad, se traslada-

ron a la casa no 3 de la calle de Chavarria, donde se formó de nuevo la Comunidad bajo la presidencia de la Reverenda Madre María del Carmen Adalid, que fué colocada en ese puesto por el Yllustrísimo Señor Arzobispo Don Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos. Esto ocurría por los años de 1880.

Se tiene noticia de que formaban la Comunidad las Madres María del Carmen Adalid, Madre Theresa del Corazón de María, Madre Marina de la Torre, Madre Soledad Ysabel del Espíritu Santo, Madre María Luisa de la Madre de Dios y Madre Ygnacia de la Visitación.

También salieron la Madre Loreto Barreda y la Madre Josefa. Pero estas no volvieron a reunirse a la Comunidad, ya que la Madre Josefa permaneció en su casa y la Madre Loreto fundó una Comunidad en la Tlaxpana que llegó a contar con trece Religiosas. Una de ellas en compañía de un Padre Felipense dieron principio a la Comunidad de las Madres Adoratrices, hoy tan floreciente.

De las mismas Religiosas de la Madre Loreto se pasó a esta nuestra Comunidad con licencia y orden del Yllustrísimo Señor Labastida, la Madre Dolores del Redentor Rangel que entregó aquí dotes suficientes para que se abriera el noviciado.

A partir del año de 1869 tuvieron las Religiosas que comer el pan de la caridad, pues eran pocas las que tenían sus familias en la Capital.

Siendo Arzobispo el Señor Don Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos, y Vicario de Religiosas el Yllustre Señor Próspero María Alarcón tuvieron a bien disgregar la Comunidad que tenía la Madre Loreto en la Tlaxpana, y que trataba de trasladar al rancho de San Borja. Así fué como se efectuó el cambio de la Madre Dolores Rangel a nuestra Comunidad, que gobernaba la Madre María del Carmen, por supuesto con su conveniente renovación de votos por mandado de dichos Señores.

De las novicias que había con la Madre Loreto fueron las cuatro que, después de algunos meses de estar en sus casas, vinieron a empezar de nuevo su noviciado bajo la presidencia de la misma Madre María del Carmen, entrando en el la Madre María de la [p.236] Luz Sandoval, la Madre Dolores Basurto, y ocho días después la Madre Catalina Rebollar y la Madre Ysabel Contreras.

Todas tomaron el Santo Hábito en la casa no 3 de Chavarria, en el orden que quedan enumeradas, siendo Confesor Mayor el Señor Canónigo Don Vito Cruz. Y aun estaba en el jovenado la Madre Ysabel cuando entró la Madre Concepción Benitez y en seguida la Madre Asunción Resendiz. De allí se trasladaron a la calle de la Santísima casa propia del Señor Licenciado Don Francisco Gómez Pérez, quien después tomó a su cargo los asuntos económicos de la Comunidad, teniéndolos en sus manos hasta su fallecimiento ocurrido 40 años después.

Habiendo sido la primera expulsión en tiempo del Señor Presidente Benito Juárez fué rescatado nuestro Convento por el Señor Don Vicente Escandón, quien lo puso a disposición del Excelentísimo Señor Arzobispo Don Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos. Su Excelencia lo entregó el año de 1879 a los Reverendos Padres Jesuitas, siendo Superior el Reverendo Padre José Abgola, el cual lo confió al Reverendo Padre Nilde. Y este lo dividió reservando sólo una parte para su Comunidad y entregando el resto a las Madres Josefinas. Estas fueron arrojadas de él en el año de 1915 por el Obrero Mundial. A partir de esta fecha corrió varios peripecias el convento, hasta que por fin fué derruido para ampliar la actual avenida de San Juan de Letrán.

Permaneció la Comunidad en la casa de la Santísima un corto tiempo como dos años, y allí murió la Muy Reverenda Madre María del Carmen el día 21 de mayo de 1892. En seguida el Ylustre Señor Arzobispo Próspero María Alarcón procedió a la elección de Abadesa resultando electa la Muy Reverenda Madre Soledad del Espíritu Santo. En este tiempo comenzaron a recibir hermanitas de velo blanco, a lo que siempre se había opuesto la Reverenda Madre Carmelita. Quedó como Priora la Reverenda Madre Josefa, que por fin murió en casa de su hermana.

El Señor Licenciado Limón arregló la compra de una casa en Tacubaya por \$ [pesos] 14.000.00, habiendo donado la Señora Marqueza de Guadalupe Anita Rencón Gallardo \$ 7.000.00. Al mismo tiempo el Señor Don Vicente Escandón regaló una buena parte de terreno que unió la casa que tenía frente a la llamada Calle Nueva con el antes Callejón del Aguila. Como la casa era muy reducida se tuvo que proceder luego a fabricar. Por el lado sur que daba a la calle de Linares quedó la sacristía, el presbiterio que se aumentó a la capilla, adelantando al norte el hueco de la escalera con el cuarto ayuda de la sacristía, el refectorio, la provisoria y cocina.

En dirección al poniente se hicieron lavaderos y siete celdas. Todo este trabajo lo vigiló la Reverenda Madre Luisita, que según sabemos quedó como negrita por las fuertes y continuas asoleadas en la dirección de los albañiles, en la que era ayudada por el mayordomo Antonio y Doña Concha, de quienes solo los nombres han quedado en recuerdo. Habiendo durado los trabajos de la obra dos años escasos se calcula que fué la bendición solemne de toda la casa a fines de 1897. La hizo el ya entonces Arzobispo Don Prospero María Alarcón. Todo fué alegría y regocijo. Comió el Señor Arzobispo en compañía del familiar, habiendo dispuesto los platillos la Muy Reverenda Madre Abadesa Soledad del Espíritu Santo, que tenía gran habilidad para ello.

Gozaron algún tiempo con relativa paz de la vida de comunidad; pero como siem- [p. 237] pre corrían rumores de persecución, había

que estar alerta. Y así fué que cierto día avisaron los Reverendos Padres Pasionistas que estaba nuestra Comunidad en la lista de las denunciadas, y tuvieron que salir varias, habiéndose abrigado siete Madres en la casa de “la Condesa” propiedad de la bondadosísima señora Dolores Escandón. Esta casa era conocido albergue de la Comunidad, pues estuvo toda ella, formada de diecisiete Religiosas, abrigada allí, y por algún tiempo cuando fué la exclaustración de Don Benito Juárez, 1847.

Después de dos o tres semanas regresaron todas a casa y se volvió a establecer la vida de comunidad. Aunque los rumores nunca se disiparon del todo, produciendo algunas salidas, aunque cortas, y no de toda la Comunidad.

En el año de 1903 estaba formada la Comunidad como sigue: Muy Reverenda Madre Soledad del Espíritu Santo, Abadesa. Muy Reverenda Madre Luisa de la Madre de Dios, Priora. Reverenda Madre María de la Luz de los Santos Ángeles, Subpriora y Sacristana mayor, Reverenda Madre Concepción de la Preciosa Sangre, Maestra, Reverendas Madres Teresa, Catalina María Dolores, Asunción e Ysabel, las dos enfermeras, María del Carmen, María de los Angeles. Clara y Brígida; Hermanas Josefa, María de Jesús, Magdalena y Rosario.

En este año de 1903, viernes 30 de octubre, venciendo dificultades sin cuanto salió la fundación para Chiapas, apoyada por el Excelentísimo y Reverendísimo Señor entonces Obispo Don Francisco Orozco y Giménez y llevando por fundadora a la Muy Reverenda Madre Luisa Rios de la Madre de Dios, quien llevó por compañeras a las Madres Concepción, Clara y Brígida y a la Hermana Josefa de San Ricardo, quienes tuvieron que sufrir muchísimo en esta travesía que hicieron en parte hasta en carreta y en parte en la espalda de los chamulas por aquellas serranías que no admitían vehículo alguno.

Nos cuentan que un día se desvió un chamula con la carga que llevaba, y era nada menos que la entonces joven Madre Clara. Ya se deja comprender la angustia de ese día, sin poder darle alcance a aquel hombre, ni saber que iba a ser de la pobre Madre. Todo era aflicción y fervorosa oración, hasta que ya en la tarde pudieron volver a reunirse, y proseguir el siguiente día su camino para Chiapas.

No pudieron permanecer allá más de un año poco más o menos, pues dicen que aquella gente estaba por conquistar. Sólo entró una señorita de alguna edad, y viendo que no podían prosperar allá se cambiaron a Puebla bajo la protección del Excelentísimo y Reverendísimo Señor Arzobispo, Don Ramón Ybarra. A la fecha se han aumentado notablemente a <a> fuerza de privaciones y mucho trabajo y son muy queridas de todas las clases sociales.

Por ahora son 24. Tuvieron una época de dificultades por haber recibido una Madre Josefina que dió muchos dolores de cabeza a la Muy [p. 238] Reverenda Madre Clara, pues las Madres Luisita y Concepción ya habían muerto. Ultimamente entró la hermana de la Reverenda Madre Clara la que, aunque de 75 años pero llevó buen capital,²⁵² pues luego pudieron agrandar su oratorio en 7 metros, según nos lo avisó oportunamente la misma Reverenda Madre Clara.

Una vez terminada y bendecida la casa de Tacubaya gozaron las Religiosas por algún tiempo de relativa paz en la vida de comunidad, pero como siempre corrían rumores de persecución. Había que estar alerta, y así fué que cierto día avisaron los Reverendos Padres Pasionistas que estaba nuestra Comunidad en la lista de las denunciadas, y como ya se dijo se refugiaron algunas en la casa de la Condesa.

Parece conveniente poner alguno que otro rasgo sobresaliente de las Religiosas que formaban la Comunidad en 1903 antes de la separación. La Muy Reverenda Madre A. Soledad Ynés del Espíritu Santo fué un alma verdaderamente limpia, pues se sabe que cuando tomó el Santo Hábito en el Convento, un protestante que fué por curiosidad a la ceremonia y la veía desde el coro alto, dió testimonio que al imponerle el anillo a la Novicia bajó una paloma en ademán de colocárselo en el dedo. Prodigio que ocasionó la conversión de dicho señor.

Una profunda humildad y gran silencio en las penas fué también notable en esta Religiosa, ya que tuvo mucho que padecer en los veinte años que gobernó la Comunidad. Cuando dejó el cargo se la veía, con edificación, ser la primera en besar la mano a la nueva superiora, a quien llevaba más de cincuenta años de ventaja en la edad.

Tres años antes de su muerte, al despedirse en la noche, tropezó con un petate,²⁵³ cayó y se dislocó una pierna en tal forma que no volvió a dar un paso, y fué necesario que en adelante en sillón de ruedas se le llevara al coro para la misa, comunión y confesiones. Con inalterable paciencia sufrió todos los tres años hasta el 22 de diciembre de 1913 en que el Señor fué servido llamarla para Sí con una muerte que fué solo un suspiro que la pasó a la eternidad bienaventurada, como fundadamente esperamos, pues sus confesores estuvieron de acuerdo en decir que nunca perdió la gracia bautismal a pesar de sus 86 años de vida.

Compañera de noviciado y de trabajos, hasta 1903 fué de la anterior la Muy Reverenda Madre Luisa de la Madre de Dios, de carácter

²⁵² *la que, aunque de 75 años pero llevó buen capital*; otro ejemplo de anacoluto.

²⁵³ Del azteca *pellall*. Estera de palma; en los países cálidos se usa para dormir sobre ella (M.M.).

alegre y amigo de complacer, muy abnegada en los trabajos por la Comunidad, pues como ya se dijo antes, ella dirigió la obra de reparación y construcción que hubo de hacerse en la casa de Tacubaya; ella dirigía a los albañiles y al maestro, los hacía rezar al comenzar el trabajo diciéndoles: “Vamos, hijos, a encomendarnos a Dios”.

Los sábados los obsequiaba con algún regalito, y con su amabilidad logró tenerlos tan empeñosos, que la familia Escandón, cuando fué a ver el trabajo y supo el tiempo en que se había hecho, decían: “Aquí no hay duda que han trabajado los ángeles. De otro modo sería imposible hacer tanto en tan poco tiempo.”

[p. 239] También fué muy querida de los bienhechores de la Comunidad, pues su carácter festivo y su gran virtud le atraían las simpatías de todo mundo. Cuando fué Maestra de Novicias las guiaba alegremente por los caminos del espíritu. Con razón la escogió Nuestro Señor para fundar la segunda Comunidad dedicada a su servicio. Después de trabajar mucho por la gloria de Jesús y María, a quienes amaba tiernamente, murió en Puebla al amanecer del 21 de noviembre de 1917, a los 83 años de edad.

Viene en seguida la Muy Reverenda Madre María de la Luz de los Santos Angeles, cuando la separación. Subpriora. Religiosa muy esmerada y cumplidísima en el oficio de Sacristana que por largos años desempeñó, haciendo desde trabajos propios del sexo fuerte, hasta las más delicadas labores femeniles. Siempre muy ordenada, aseada y activa en el desempeño de su hermoso oficio. Cuando fué nombrada Priora tuvo mucho en que ejercitar la paciencia, que la tenía grande, pues llegó la Comunidad a un estado de penuria muy marcado, ya que los dotes, que después de la exclaustración y refundición dió el Gobierno a las Religiosas, se fueron extinguiendo con la muerte de estas.

En varios trienios fungió de Abadesa. Y en medio de todo siempre estaba ocupada en algo útil, aun cuando llegó a los 90 años. Cuanto más avanzaba en edad, más se le notaba el rendimiento a la santa obediencia, la gran prudencia que siempre la adornó y un trato fino y lleno de caridad para todas. El último año de su vida lo pasó postrada en cama, donde recibía diariamente la Sagrada Comunión y varias veces los últimos Sacramentos. Por fin fué servido el Señor de llevarla para Sí el 15 de diciembre de 1948.

Madre María Dolores Brígida de Jesús. Aunque de más edad que la anterior, es en el orden del tiempo la que tiene el siguiente lugar en estas memorias. De familia, se puede decir, levítica, tenía un carácter tímido; siempre muy callada, aunque graciosa en sus dichos. Sus habilidades femeninas eran de exquisito gusto, por lo cual casi siempre tenía el cargo de laborera.

Su educación y trato eran muy delicados, así como su salud que no soportaba austeridades. Fué en varios trienios Subpriora. Murió a los 73 años, con la grande pena para ella, de estar en casa ajena, pues se encontraba la Comunidad en la casita de las muñecas, donde la hospedaba su constante bienhechora, la familia Escandón.

En seguida tenemos a la Reverenda Madre Catalina de la Cruz que fué una constante mártir de las enfermedades. Su carácter alegre y travieso la hacía suportar las penas con aparente serenidad aunque su alma estuviera llena de tribulación. Cuando su Director Espiritual de largos años tuvo que irse para España, nos [p. 240] contó nuestra hermana que había ido a desahogar su pena con el gato, pues no tenía a mano otro ser a quien se la pudiera contar.

Muy cariñosa con las novicias se privaba con gusto de los alivios alimenticios que como enferma tenía, para obsequiar a “las palomas”, como ella las llamaba. Grandemente devota del Santísimo Sacramento lo visitaba con una frecuencia notable siempre que sus males se lo permitían. En su oficio de florera encontraba sus delicias, pues se esmeraba en los adornos florales para el altar llegando a tener varios juegos según las festividades. Decía que de su cuenta ni un granito de polvo consentiría en las flores de Nuestro Amo. 31 años fué su vida de Comunidad, y purificada con sus continuas enfermedades murió de angina de pecho el 27 de julio de 1918, de 59 años.

La última de las cuatro que abrieron el noviciado fué la Madre Ysabel de San Luis Gonzaga. Su distintivo era la puntualidad en la santa observancia. Desde joven tuvo salud delicada y los últimos 16 años de su vida los pasó en cama, atacada de una parálisis que la fué imposibilitando poco a poco. Pero allí en la cama tenía su horario que seguía con toda puntualidad. Hacía anualmente sus ejercicios espirituales y usaba sus cilicios y disciplinas con toda exactitud.

El último año quiso, durante sus ejercicios, alimentarse casi con tes de hojas de naranjo, lo que le causó grande aumento en su enfermedad. Pues se le paralizó de tal manera la garganta, que en 17 días no pudo pasar ni una sola gota de agua. Temiendo el sacerdote que la ayudaba que no pudiera pasar la Santa Comunión, se resistía a llevarsela, pero ella decía con perfecta tranquilidad: “El sí pasa. El sí pasa”.

Por fin, después de haber recibido a su Amado por última vez y rodeada de todas sus hermanas, voló al cielo, como lo creemos, y dió a entender la hermosa luz que bañó su semblante que apareció sonrosado y risueño a los pocos minutos después de su muerte. Ocurrió esta el 8 de mayo de 1906, contando 45 años de edad.

Toca ahora hacer una memoria, aunque ligera, de la Muy Reverenda Madre Concepción Benítez que había entrado en 1889. Y 14

años después la escogió Nuestro Señor para fuerte apoyo de la fundación en Chiapas y después en Puebla.

Como hija de español tenía un carácter recto y enérgico; muy activa e inteligente desempeñaba los oficios que le asignaba la obediencia con toda puntualidad, aunque siempre procurando ocultar sus dotes de inteligencia por algunos medios, a veces risibles, por su humildad. Delicada de salud padecía la llamada “punzada de clavo” que la hizo sufrir muchísimo.

Maestra de Novicias después de la Reverenda Madre Luisita formó a las Madres Clara y Brígida en el molde que las necesitaba para la fundación de que ella personalmente debía ser el eje para gloria de Dios. Venciendo muchas dificultades y arrostrando mil peligros y trabajos, sostenida por la gracia de Dios y por su carácter resuelto y firme a toda prueba, pudo sostener a su vez en tan difícil empresa al pequeño grupo que arrancó de esta Comunidad para formar la hoy floreciente Comunidad de Puebla.

Murió santamente el 4 de febrero de 1924. Fué muy llorada por sus hijas. La sucedió en [p. 241] el gobierno de la Comunidad la Muy Reverenda Madre Elena del Salvador, que a la fecha ha celebrado ya sus bodas de plata como Abadesa.

La Madre Asunción Resíndiz ingresó el año de 1891. Joven ardiente y muy activa desempeñaba con ardor las tareas que le señalaba la obediencia. Muy pronto fué víctima de las enfermedades. Padecía mucho del estómago, pero no por eso faltaba al rezo del coro y demás menesteres, mientras podía mantenerse en pie. Siendo segunda sacristana cumplía con todo empeño, hasta que por fin tuvo que rendirse a la cama donde estuvo 9 años, sumamente molestada por un tumor que se le estaba formando, y a cuya extracción siempre se negó por amor a la modestia. Allí mismo, acostada boca arriba, ayudaba constantemente a la ropería, hacía sus ejercicios espirituales y demás prácticas piadosas con todo fervor.

Después de estos nueve años, y ya declarado el tumor, que le fué creciendo hasta pesar 11 kilos, pudo tomar parte en la vida de Comunidad y asistir a la mayor parte de sus actos. Por fin, cuando ya contaba 60 años de edad y viendo el eminente peligro de muerte en que la ponía con creciente frecuencia el volumen que cargaba, se resolvió a la operación, preparándose a ella como a una muerte segura, con sus ejercicios espirituales y el arreglo de todas sus cosas. Pidió perdón a toda la Comunidad, renovó sus santos votos fervorosamente y salió para el Sanatorio de la señora Lupe Escandón de Escandón.

La pobrecita de Lupe, que fué quien la hizo resolverse, estaba muy afligida y mandó pedir oraciones a todas las Comunidades. La opera-

ción tuvo un éxito feliz, y es fama que al terminarla le dijo al Doctor: “[i] A vivir otros sesenta!” Y parece que así será, pues cuenta ya 90 de edad y 24 de operada. [i] Todo para gloria de Dios!

Según queda espresado, en 1903 quedó la Comunidad reducida al número de 8 coristas y 3 hermanitas Legas. De este pequeño número murió la Madre Ysabel el 8 de marzo de 1906. En 1904 entró la Hermana Juana de Nuestra Señora del Refugio para Hermana Lega, y en 28 de mayo de 1906 entró para corista la Madre Rosalía del Patrocinio de Nuestra Señora,²⁵⁴ y en 16 de septiembre del mismo año la Madre Guadalupe del Corazón de Jesús, siendo Superiora la Reverenda Madre Soledad que gobernó hasta el mes de julio de 1910. El 16 de septiembre de 1908 entró para corista la hermana Teresa del Corazón de María.

El 31 de julio de 1910 fué nombrada Superiora con título de Presidenta la Madre Rosalía que desde luego tropezó con grandes dificultades por encontrarse la Comunidad tan deficiente y en suma pobreza, y además los ánimos poco dispuesto[s] a recibir la dirección de una persona tan joven y tan nueva en la Comunidad. El año siguiente fué ya electa por votos para Abadesa y aunque con dificultad siguió dirigiendo la Comunidad con relativa paz. El día 22 de diciembre de 1913 murió la Madre Soledad.

[p. 242] Y al año de haber sido nombrada Superiora la Madre Rosalía, tropezando con mil de dificultades, se estableció la clausura, que no habían llegado a tener las Religiosas desde su salida del Convento. Por la persecución Carrancista y por los altos juicios de Dios, el 14 de agosto de 1914 fué dispersada la Comunidad.

Tomando el hilo de estos recuerdos para grabar en estas líneas algo que explique las diversas dispersiones de la Comunidad, principiaremos por el año de 1910, en que dejó el cargo de Superiora la Muy Reverenda Madre Soledad después de haber dirigido la Comunidad por 20 años.

En este mismo año dió principio la revolución maderista; abdicó el poder el Presidente Don Porfirio Díaz y comenzó la inquietud en el país. Por nuestra parte dimos principio a la mejor observancia luchando heroicamente por establecer la clausura. No era cosa fácil cuando nos encontrábamos sin recursos económicos, y, por otra parte, ignorantes por completo en la práctica de un punto tan importante, pues a partir de la esclaustración dispuesta por Don Benito Juárez en 1857, no había sido posible cumplir con este punto, ya que las Religiosas

²⁵⁴ Aquí tenemos a la sexta y última cronista, cuya autoría ha sido corroborada por la abadesa, madre María del Carmen, durante nuestras conversaciones en mayo de 1987.

tuvieron que andar de casa en casa, donde las personas caritativas les ofrecían hospitalidad.

Y raras veces estuvo reunida la Comunidad, a tal grado que solo por el impulso del Excelentísimo y Reverendísimo Señor Arzobispo, Don Próspero María Alarcón, se pudo abrir el noviciado, formándolo desde luego las cuatro señoritas que ingresaron para ser después la Muy Reverenda Madre María de la Luz Sandoval, la Reverenda Madre Dolores Basurto, la Madre Catalina Rebollar y la Madre Ysabel de San Luis.

En 1910, tratamos de hacer las obras materiales para dar a la casa de Tacubaya forma de clausura, y a pesar de la oposición de algunas Religiosas, las lástimas de los sirvientes y la suma pobreza, ayudadas de la Divina Providencia que se valió del Señor Canónigo Don Rafael Salinas, nos concedió el Señor que el 26 de febrero de 1911 el Señor Canónigo Don Melesio Rodríguez, Vicario entonces de Religiosas, acompañado del Padre Confesor Don Jesús Franco, el Señor Presbítero Don Pedro Barna y el Señor Presbítero Don José Martínez Gofay, a las 5 de la tarde, en medio del jardín. Y después de una hermosa plática entonara la bendición de la tan deseada clausura. Es cierto que hasta un año después, y habiendo perdonado el bondadoso Señor Salinas un buen resto de los gastos, pudimos liquidar cuentas.

En el mismo año de 1911 en que España celebró su magno Congreso Eucarístico, accediendo a la invitación que hizo a todos los países, para que se honrara a Jesús Sacramentado, con todo entusiasmo y en medio de nuestra pobreza, celebramos el Jueves de Corpus con solemne procesión por toda la casa, sus correspondientes altares, tres Sacerdotes, cantos y santa alegría. Desde esa fecha solo un año o dos se ha omitido tan significativa procesión por estar muy repartida la Comunidad.

Entre tanto seguía propagándose la inquietud a causa de los levantamientos armados que se registraban en el país, y por esta fecha, 1912, nos avisaron que estábamos denunciadas como Comunidad. Nuestra Muy Reverenda Madre Soledad acudió a la bondadosa Señora Dolores Escandón de Rubín, pues en lo [que] entonces era “la casa de Guardia” esa caritativa familia había alber- [p. 243] gado hasta quince Religiosas. Con la misma voluntad ofrecieron su casa en esta ocasión, pero por favor de Dios no fué necesario aceptarla, y renaciendo la paz en la Comunidad nos pudimos dedicar a celebrar el mes de mayo con la solemnidad posible, ayudadas de nuestro bondadoso Padre Capellán Presbítero Don Miguel Cejudo. Casi a diario platica en el rosario cantado, bendición con el Santísimo, y como fruto, establecer la práctica del rosario diariamente, pues antes solo se rezaba en particular. A fines de este año, el 22 de diciembre, tuvimos que lamentar la muerte repentina de nuestra querida Madre Soledad, cuan-

do estaba ya arreglado el nacimiento que hubo que cubrir con velo morado para las exequias.

En febrero de 1913 fué la decena trágica con los correspondientes sustos, grande saldo de muertos y terrible escasez de medios para la vida, pues aunque se tuviera algo de papel moneda, no se conseguía algo que comprar. Pasó la tristemente celebre decena trágica, y esperábamos que con la desastrosa muerte del Presidente Madero volvería la paz; pero no fué así.

Continuaron los levamientos armados, especialmente por el norte del país, con su negro acompañamiento de crímenes y represalias. Como el peligro de algún atropellamiento se acercaba más y más, tuvimos que seguir el ejemplo de otras Comunidades. Y el día 7 de agosto de 1914 salió la primera Religiosa, Muy Reverenda Madre María de la Luz, para refugiarse en casa de su tía Cholita.

Como esta Reverenda Madre era la que nos prestaba el apoyo humano más potente por ser de más experiencia, de más edad y grande calma y acierto para resolver dificultades, su separación nos acabó de sobresaltar, pues además de los atropellos que acostumbran las tropas en esos casos, teníamos la amenaza de la confiscación de la casa en que nos había dado abrigo el Señor.

Al fondo de la casa se había levantado una pared divisoria para guardar las imágenes y utensilios del oratorio, pero esto no defendía al personal, y hubo que seguir acomodando a las Religiosas, ya con sus familias, ya con alguna buena amistad, en especial la de la bondadosísima Señora Escandón. Por fin, el 14 de agosto de 1914 salimos de nuestra querida casita las cinco que quedábamos, saliendo en coche cerrado que facilitó la misma Lolita Escandón para refugiarnos en una vivienda donde nos proporcionó todo lo necesario, y hasta su servidumbre. Ynmediatamente mandó el Señor Licenciado Gómez Pérez se pusiera una familia que ocupara el frente de nuestra casa, y la Divina Providencia nos proporcionó al Señor Esteban Brito y Consuelito, su esposa, que con gusto y generosidad se fueron a exponer a todos los peligros que podían correr.

Como recuerdo de aquellos amargos días transcribo un parrafito que encuentro en las memorias: “Agosto 16. Solo quiero enumerar a Jesús todo lo que ha desbaratado la clausura establecida con tantos sacrificios; la laborería arreglada con tantas penas y amarguras; la nueva celda que apenas se estrenó; el toque de silencio apenas establecido; las penitencias acabadas de iniciar; la luz eléctrica que solo tenía unos meses iniciada, estrenada²⁵⁵ ... [p. 244] Y todo lo ha dispersado

²⁵⁵ Ms. *estrenada* añadido debajo de la palabra *iniciada*.

como un niño dispersa sus juguetes, cuando está cansado de ellos... Ojalá que pronto los reuna para complacerse de nuevo en su posesión... ojalá.”

Pronto teníamos que volver 2 o 3 a la casa, pues las Religiosas dispersas tenían necesidades que solo desde allí se les podían socorrer. Tuvimos para suavizar tantas penas, el consuelo de contribuir el acercamiento del Señor Brito a los Santos Sacramentos, pues el 4 de diciembre se llegó a recibir a Jesús Sacramentado, lo que nos llenó de santa alegría. Bendito sea Dios.

1915. Para la cuaresma de este año no pudimos esconder en el centro de la casa sus Religiosas dando principio a algunos trabajos ajenos para cubrir muchos gastos. Pues las pérdidas económicas fueron muchas debido a los continuos cambios de papel moneda, ya que cada partido que lograba imponerse tenía los propios, que invalidaban los del partido vencido. Así fué como, a pesar de la constante oposición del Señor Licenciado, tuvo la bondad el Señor Bezares de entregar su capital de \$ 15.000.00 sabiendo que al siguiente día los pesos valdrían un centavo.

1916. En febrero de este año obligadas por el hambre y por la persecución, fué preciso hacer nueva repartición de las Religiosas, que por turnos se habían refugiado en la casa de Tacubaya.

1917. Para grande consuelo y auxilio de la Comunidad nos dió Nuestro Señor en este año al Señor Probítero Don Cipriano Blanco. Desde este Jueves Santo hasta el año en que murió, 36 años después, siempre nos acompañó los Jueves Santos para la bendición de la cera y solemne hora santa, y los Jueves de Corpus con su octava²⁵⁶ para la solemne y entusiasta procesión. Como se daba cuenta en este año que por la mucha pobreza nunca comíamos carne, un domingo que fué a celebrar la santa misa, como lo hacía a costumbre, llegó con un bulto de bistec debajo del abrigo. Otro llegó quemándose con un manojito de elotes²⁵⁷ que acababa de comprar en la esquina. Así nos ayudaba en todo lo que podía con inmensa caridad. En el cielo estará recogiendo el premio. E[n] P[az] D[escanse].

1918. Para fines de septiembre estaba reunida casi toda la Comunidad, ya que en el año anterior había muerto la Madre Ygnacia de la Visitación dejándonos grandes ejemplos de muchas virtudes; su respeto y cariño a la Superiora era notable. La compadecía mucho por las penas tan graves por que pasaba la Comunidad. Como solo cada

²⁵⁶ Espacio de ocho días que dura la celebración de una fiesta o conmemoración religiosa. *La octava del Corpus* (M.M.).

²⁵⁷ *Mazorca tierna de maíz cocida, que come la gente del pueblo* (M.M.).

quince días se podía calentar un hornito, las gorditas de maíz que se hacían venían a ponerse como piedra, y la bendita y anciana Madre recogía su parte diariamente, las despedazaba con una piedra y en una cazuelita con agua las llevaba a la boca de la olla, que hervía en la cocina. Y a la hora de comer las tenía listas para la refección. Tenía una llaga en un pié, pero no dudaba en estar 5 o 10 minutos antes de la hora del toque, de pié en el corredor esperando entrar con puntualidad. Dios la habrá premiado ya.

Todo este año de 1918, lleno de temor por la persecución contra los Sacerdotes apenas podía el Padre Blanco darnos la Sagrada Comunión. La misa solo los días festivos. Pero en los fines de octubre le dió bronconeumonía, y hasta de este beneficio nos vimos privadas. [p. 245, última página de la Crónica] Por la Divina Misericordia mejoró, y ya en diciembre pudo seguir favoricéndonos.

1919. En el 8 de enero pudimos principiar los santos ejercicios, de que teníamos tanta necesidad. Nos los dió el Muy Reverendo Padre Juan Scamuzi, entrando a la casa el 7 por la tarde, y no saliendo de allí hasta el 17 al medio día. Se levantaba a las 3 para hacer su oración, y a las 4 ya estaba preparando los puntos de la nuestra en el coro. Fueron unos días de cielo, bendito sea el Señor.

Para el 24 de febrero organizó el Señor Vicario de Religiosas Canónigo Don Felipe Pineda nuestra solemne y general renovación de votos, ya que antes no se acostumbraba en la Comunidad. Celebró el Santo Sacrificio, nos dió una hermosa plática, y a la hora de la comunión renovamos fervorosamente los compromisos contraídos con el Divino Amante, quedando nuestras almas llenas de alegría celestial.

